

## CUENTOS

TIEMPO, PAPEL Y LÁPIZ, *Marcela Paz*, Santiago. 1933.

Teresa de la Parra pone como subtítulo a uno de sus libros— el mejor de los dos que le conozco:—«Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba». ¿No es cierto que en esta denominación hay una graciosa ingenuidad? Casi paralelamente Marcela Paz dice en la Advertencia: «Cuando sobra tiempo, y simpatizamos con el papel y un lápiz, existe el serio peligro de un resultado como éste». He aquí una donosa ingenuidad!

Ingenuidad pura, ingenuidad humorística he ahí el rasgo más luminoso de Marcela Paz. Los relatos se suceden unos en pos de otros y en cada página hay esta especie de factor común: ingenuidad, auténtica ingenuidad, natural ingenuidad.

Marcela Paz escribe como canta el pajarillo. Es decir, escribe por instinto. En otras palabras, se expresa a la buena de Dios. La psicología de hoy ha descubierto, en oposición a la clásica, que el instinto es falible; pero es al mismo tiempo, en cierto grado, educable. Por consiguiente, un escritor instintivo tiene mucho que aprender. Y Marcela Paz, que posee ricos recursos naturales, está en el camino de hallarse a sí misma. O dicho en otra forma, llegará a ser una verdadera y valiosa escritora.

Su primera obra es una colección de cuentos. Es necesario darle algún nombre. Pero ¿en qué consiste la biología y la psicología de este tan prolífico género literario?

El cuento en su parte biológica es un relato; en su parte psicológica es la descripción—por lo menos en teoría—de tipos de conciencia más o menos definidos.

De acuerdo con esta pauta teórica Marcela Paz aun no es cuentista. Pero tiene en germen los elementos para serlo. Es capaz de observar la vida y la naturaleza. Tiene, además, cierta filosofía humorística de la existencia. (¿Influencia de literatos ingleses?)

El libro considerado como un total orgánico no existe. Carece de esa íntima y espiritual arquitectura que constituye una obra. Los relatos vistos desde igual punto de vista, se diluyen en observaciones desligadas. En resumen, lo que entretiene y coge es el detalle feliz, fresco, inédito.

Tres son los cuentos más valiosos —según mi gusto— de «Tiempo, papel y lápiz»: «Un libro formidable», «El sexo débil» y «Tía Dolores».

En el primero hay una aguda observación cuando dice: «un libro malo no se agota nunca». ¡Verdad grande como la montaña andina! ¿Es por eso acaso que las librerías están abarrotadas de obras malas?

En «El sexo débil» aquel chico que siente una «intensa compasión de sí mismo», atrae por su pueril miedo a la obscuridad. ¿Quién no se ha tenido lástima a sí mismo y no ha llorado lágrimas sinceras por su siempre respetable persona?

En «Tía Dolores», relato con nombre de estampa religiosa, hay lograda emoción. Es una página fina de observación y de delicadeza descriptiva.

Mucho tiene que andar Marcela Paz todavía por la senda de aprendizaje literario. Pero esta advertencia no debe desalentarla. No olvide la conocida anécdota de Cézanne. Cuarenta años de vida pictórica activa tenía el gran artista. Un día se le preguntó sobre su técnica. A lo que contestó: «Sólo ahora estoy empezando a aprender a pintar». Magnífica lección de modestia. A los cuarenta años de labor, según él, estaba sólo principiando su saber maravilloso.

De los autores nacionales jóvenes quien tiene mejor repertorio de observaciones personales, quien posee más fuerza instintiva de escritora, quien obedece a una vocación más real es, sin duda, Marcela Paz.

No temo afirmar que de los escritores que han lanzado su primer «mensaje artístico» es Marcela Paz quien lleva una señalada ventaja. Escribe porque en ella la expresión es una fuerte, esencial necesidad.

Y escritor que está equipado con las condiciones naturales

de Marcela Paz, es seguro que sabrá llegar a tener un nombre duradero en los anales de las letras artísticas de Chile.

Las deficiencias de la novel autora son todas vencibles por la disciplina y el estudio. En ella está, pues, que haga de su existencia una vida noble por la ocupación de sus días. Ahora, espero sólo ver cumplido este vaticinio de estudioso de la literatura chilena.—*Norberto Pinilla.*

### HOMBRES EN LA SELVA, por *Mariano Latorre.*

Creo que de pocos escritores chilenos puede decirse lo que de Mariano Latorre. Quiero aprovechar la oportunidad de la publicación, en unas ediciones de bolsillo, de su novela corta o cuento largo: «Hombres en la Selva», para referirme de un modo brevísimo a su labor literaria. Quizá sea mejor decir a su constancia. Pero no a la constancia que consiste en la continuidad de un esfuerzo material, sino a la que deriva del espíritu de la obra, o a su orientación. Una obra literaria cumplida o en trance de cumplirse, con tanta facilidad, con tanto amor a las cosas de la tierra campesina, es, sin lugar a dudas, un ejemplo digno de ser puntualizado. Además, digno de que sobre él se detengan los que no reparan ni en su tierra ni en los hombres que han dedicado lo mejor de su vida a estudiarla y a cantarla.

Algunos escritores prefieren la ciudad; otros prefieren el campo. Para aquéllos sólo la complicación de la vida urbana contiene los elementos más importantes de la creación artística; en cambio, para los segundos, el campo representa el escenario más genuino y más fecundo para una interpretación de los valores sustantivos de la raza. Mariano Latorre descubrió casi en los comienzos de su carrera artística, la profundidad del campo chileno. Siguió esta ruta y no se ha desviado. He leído en diversas oportunidades y con distintos tonos, la acusación de haber dado el escritor demasiada importancia al campo. Se ha dicho que la nota criolla es en él excesiva. Y también, que para campo y criollismo, basta y sobra con lo que se ha escrito y pintado y teatralizado. Me parece que con tales observaciones se limita la